

Era una noticia demasiado interesante para que no se interrumpiese al momento el espectáculo. Los actores todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para cambiar de vestidos, montaron unos á caballo y otros en sus coches: uno de ellos llegó hasta el Boulevard en traje de Polifemo, y tomado equivocadamente por un aristócrata que se burlaba de la situación, le faltó poco para que le hubiesen hecho pedazos.

En esa época la casa de Beaumarchais, de la que todavía hemos conocido las ruinas, se alzaba sobre el Boulevard en medio de un delicioso jardín, con azotea. Beaumarchais era el amigo del Palacio Real: madama de Genlis condujo á los jóvenes príncipes á casa del autor de *El Casamiento de Fijaro*, y del jardín de éste fué desde donde vieron la caída de la Bastilla.

Esta caída causó un placer muy vivo al duque de Chartres.

Un folleto realista que tenemos á la mano le acusa de no haber podido contener el entusiasmo que experimentó con tal espectáculo.

“No podía estarse quieto un instante; movía los piés, se frotaba las manos, saludaba á todos los que pasaban, en fin, era tal su delirio, que madama de Genlis, que interiormente no estaba menos gozosa que él, creyó deber reprimir tan indiscretas demostraciones.”

No estamos nosotros de acuerdo con el folleto realista: ese entusiasmo era muy digno y hermoso, Señor. ¿Por qué no ordenásteis hacer un cuadro de la toma de la Bastilla, como lo mandásteis hacer de la destrucción de la jaula de fierro del Monte de San Miguel? Quizás ya rey hubiésteis fijado en él vuestra vista y hubiésteis comprendido qué poca lógica había entre la acción del príncipe y la conducta del rey.

Después de la jornada del 14 de Julio, llegó la noche del 4 de Agosto. El duque de Orleans tomó parte en los sacri-

ficios de esta noche, y renunció á todas sus prerogativas como *Bailio-Desonniere* en la Francia Valona.

Pero nada de esto ministraba pan á la Francia, y la Francia se moría de hambre.

CAPÍTULO V.

Los terribles presagios se multiplicaban, no anunciando por esa vez la muerte de un rey, pero sí el fin de una monarquía: hacia un año que no se oía hablar mas que de desgracias.

El 13 de Julio de 1788 una granizada espantosa había devastado toda la Francia: el territorio de Chartres, el mas rico de Francia, se había arruinado completamente: cuarenta y tres parroquias de la isla de Francia no habían recojido sus cosechas, y de Clermont en Beauvoisis escribían que cincuenta y cuatro parroquias, no solo no tenían qué comer, sino que aun les faltaba para sembrar.

Y el invierno se aproximaba, con el terrible aliado del hambre, *el frio*; ¡pero qué frio! diez y siete grados.—El puerto de Marsella se heló; la mar se heló en Calais: mas de dos leguas podían andarse sobre los hielos del canal de la Mancha como si fuesen los de un Océano polar: el Loire se desbordó, el Rhóne inundó el valle: en las costas de Nantes se

veían morir los pescados, y en Lille se encontraron niños y ancianos helados en sus mismas camas. En el mismo Paris se secaron las fuentes, los pozos se cambiaron en hielo, y los molinos de agua tuvieron que detener todos sus trabajos.

Algunas personas ensayaron el comer salvado, y otras, yerbas cocidas.

El duque de Orleans se portó admirablemente durante este invierno: los historiadores dicen que *por cálculo*; ¿pero qué nos importa eso á nosotros, que juzgamos de los hechos y no de los pensamientos? Admirablemente, repetimos, porque hizo distribuir pan y carne al pueblo en varios arrabales de la capital, y encender fuegos inmensos en sus patios. Su intendente ordenó al cura de San Eustaquio, el abate Poupert, repartiéndose entre los pobres, no dirémos que en su nombre, pero sí á su cuenta, mil libras de pan todas las mañanas. Hizo mas: mandó trasformar en cocinas dos cocheras del Palacio-Borbon, y todo el dia se preparaban en ellas enormes asados que se servían á los transeuntes.

Seria *cálculo*, pero fué un cálculo sublime en sus resultados, porque salvó la vida á millares de personas.

En este invierno terrible fué cuando acabaron de exaltarse los espíritus: los fumaderos públicos vieron vagar entre hombres de andrajosos vestidos y de caras pálidas, mas de un proyecto amenazador, pero quizás menos amenazador todavía que los que vagaban en el círculo del Palacio-Real, en el café Fo y, ó en el gabinete de lectura de Girardin, entre los hombres que se llamaban Camilo Desmoulins, el marqués de Saint-Huruge, Danton y Marat.

El frio cesó con la primavera, pero continuó el hambre. Nada se habia arreglado entre la municipalidad y la asamblea, que atacaban, y la corte, que se defendía. El pueblo vivía á la aventura: su subsistencia pendía de la incierta llegada de un buque de Corbeil, ó de un convoy de la Beauce. Muy á menudo llegaba la media noche sin que tuviese Bailly mas que la mitad de la harina que necesitaba para el

otro dia, y entonces el pobre astrónomo se valentonaba, se volvía furioso, y llegaba hasta prorumpir en amenazas.

Un dia los habitantes de Versalles hicieron retroceder á un convoy que se dirigía á Paris.

“Si no nos volveis las harinas que nos habeis tomado, se escribía á Mr. Necker, treinta mil hombres irán mañana á buscarlas.”

Y las harinas volvieron.

La distribucion del pan se hacia entonces á las cinco de la tarde, hasta cuya hora esperaba el pueblo ansioso á las puertas de las panaderías para comprarlo, despues de haber perdido el dia entero. El pobre habia almorzado en la mañana, comeria en la tarde; y tendria que trabajar todo el dia siguiente para volver á comprar otro pan, á las cuarenta y ocho horas de haber comprado el primero. ¡Esto era horrible!

Las mujeres eran las que mas sufrían: sufrían por sus maridos, á los que el hambre volvía brutales; sufrían por sus hijos á los que el hambre volvía injustos.

—¿Por qué no me das pan cuando tengo hambre? preguntaba el niño, á quien la naturaleza no habia dado aún el conocimiento necesario para comprender la impotencia maternal. Así es como se forma una revolucion instantánea, y aquella, comprendíase que serían las mujeres las que llegarían á hacerla.

Los hombres habian hecho el 13 y el 14 de Julio: las mujeres hicieron el 5 y el 6 de Octubre.

Todas las faltas de comestibles se achacaban á la corte. La vuelta á Versalles del convoy de harinas, habia causado mucha sensacion.—Si han retornado los granos, decían, serán para el rey, para la reina, para el delfin y para la corte: ¿pero para qué quieren tantas harinas? *Panadero, panadera, mozo de tahona*: así era como llamaban al rey, á la reina y al pobre delfin, que tambien él habia de llegar á saber un dia lo que era hambre.

—Si el rey, la reina y el delfin estuviesen en Paris, en lugar de hallarse en Versailles, no sucederia esto, añadian.

—¿Por qué no los irán á buscar á Versailles, y los traerán á Paris?

En la tarde del 4 de Octubre, mas de cien mil personas habia quizás en Paris que no habian comido hacia veinticuatro horas, y mas de cinco ó seis mil que no habian comido hacia cuarenta y ocho.

El 4 en la noche, una mujer corre del barrio de San Dionisio al del Palacio Real, gritando:

—¡A Versailles! ¡Mañana á Versailles!

El 5 en la mañana, coje una muchacha un tambor y toca llamada. Quince mil mujeres se reunieron al instante, gritando: ¡A Versailles!

Ya se sabe cuál fué el resultado de esta terrible peregrinacion á mano armada, en la que el santo que se iba á invocar estaba amenazado de muerte.

Tres ó cuatro paisanos y cinco ó seis guardias de corps perdieron en ella la vida. Sangrienta espiacion de la famosa comida del dia 1º, en la que la reina apareció con el delfin de la mano, y con la escarapela negra en la gorra.

En medio de esa orgía, un dragon borracho declara que es emisario del duque de Orleans y que el duque de Orleans le ha encargado asesinar al rey. Se hace él mismo una pequeña herida, y ruega á sus camaradas acaben de matarlo: estos cumplen en parte su deseo, dejándolo medio muerto á fuerza de golpes.

El 1º y el 3 de Octubre fijaron el 5 y el 6. Las cabezas de Varicourt y Deshutttes, matados á la puerta de la cámara de la reina, llevadas á Paris en las puntas de dos picas, fueron los odiosos trofeos de esa jornada.

La traida del rey á Paris fué un resultado inmenso.

El duque de Orleans estaba absolutamente inocente en el movimiento del 5 y el 6 de Octubre. Anduvo muy agitado de aquí para allá, en la noche del 5 al 6, y aun se le vió

en el camino de Paris á Versailles, es verdad; pero nadie tiene la menor sospecha ni le acusan de nada. El 6 en la mañana se muestra en el patio de mármol, en el que aun yacen los sangrientos troncos de los guardias, con una varita en la mano y una enorme escarapela en el sombrero.

Pero se ha pronunciado su nombre, en la comida por un soldado borracho, y en la noche por ese famoso pueblo. Despues se ha presentado con su escarapela, jugando con su varita, á ofrecer sus servicios al rey. El rey le vuelve la espalda, la reina le acusa. El duque de Orleans y Mirabeau, decian, son los autores de esas terribles jornadas: ellos son los responsables de la sangre que ha llegado á salpicar á la reina hasta en l' Œil-de-Bœuf.

El duque de Orleans, añadian, anhela la tenencia general del reino, y Mirabeau desea el ministerio.

Pero ¿qué hacer del duque de Orleans? El duque no era un hombre de quien poderse desembarazar con una palabra ó con una señal.

Liége acababa de sublevarse; el pueblo habia desterrado á su príncipe-obispo, y se habia echado sobre el gobierno. Esta era una bella ocasion: ¿querria el príncipe partir para los Países Bajos, calmar esa insurreccion del Austria contra la Bélgica? Podia ganar un hermoso título una vez efectuada la paz.

¿Qué diria del ducado soberano de Brabante?

M. de Montmorin se encargó de hacer esta proposicion al duque.

El duque la rehusó.

Entonces se le despachó á La Fayette.

Sirviéndose de su reputacion de anglomanía, deberia ofrecerse al duque una hermosa posicion en Inglaterra.

La Fayette le dirigió uno de esos discursos vacíos, pero sonoros, que tan bien sabia formar.

—Príncipe, le dijo, las gradas del trono están rotas; pero

el trono se conserva todavía, y se conservará siempre entero, porque es el escudo de la constitucion y de la libertad del pueblo. El rey y la Francia necesitan de paz, y vuestra presencia en estos sitios es un obstáculo para obtenerla. Los enemigos de la patria, que son los vuestros, abusan de vuestro nombre para estraviar á la multitud y escitarla al desórden. Ya es tiempo de poner fin á esos trastornos, á esas voces injuriosas. Vuestras relaciones en Inglaterra os dan los medios de prestar en ella servicios importantes al reino: el rey os hace cargo de defender allí sus intereses, persuadido de que os apresuraréis á corresponder dignamente á esta honrosa prueba de su confianza, contribuyendo al restablecimiento del órden, privando desde este instante de un pretesto á los perturbadores del reposo público.

El duque tenia buenas ganas de rehusar esta oferta como la primera; pero no encontró un pretesto para hacerlo.

Era este un hermoso y buen destierro, oculto bajo una mision.

El duque de Orleans partió.

CAPÍTULO VI.

MADAMA de Genlis, á la que madama de Buffon, nueva querida titular del duque desterrado, no habia privado en manera alguna de su influencia política, madama de Genlis

quedó encargada por él de velar sobre los jóvenes príncipes, á los cuales dejó trazada una línea de conducta durante su ausencia, cuya duracion no podia preverse.

Es por lo mismo muy difícil de creer, que sin la influencia paternal el joven duque de Chartres y sus dos hermanos, los duques de Beaujolais y de Montpensier, se presentasen todos tres con el uniforme de guardias nacionales en el distrito de San Roque, á prestar el juramento patriótico, del que por su corta edad estaban dispensados, pues solo era exigible á los veintiun años.

No fué esto todo. El duque de Chartres asistia con la mayor exactitud á todas las sesiones de la asamblea nacional y del club de los Jacobinos. Un folleto realista asegura que el duque de Chartres y sus dos hermanos se hallaban en la asamblea nacional, en la tribuna de los suplentes, el dia en que Péthion y Mirabeau denunciaron el banquete dado á los guardias y á los oficiales del regimiento de Flandes.

¡Era cierto? Hé aquí lo que decia el folleto:

“Los realistas quedaron estupefactos, los orleanistas se desataron en dicterios, se enloquecieron todas las cabezas, y se lanzaron gritos de sangre. Mirabeau, Sillery, Alejandro de Lameth, Cárlos de Lameth, Péthion y Grégoire gritaron con espantosa voz: “¡La nacion necesita víctimas!” Los orleanistas que se hallaban en la tribuna tomaron parte en esta embriaguez, en esta sed de sangre. Puget de Berbantane gritó desde la de los suplentes: “¡Parece que esos señores quieren todavía mas linternas; pues bien, se las daremos!” La esposa de Cárlos de Lameth, que estaba á su lado, le habló al oido, y entonces repitió con animado tono: “¡Eh! ya vd. lo ve, madama, esos señores piden todavía linternas!”—¡Esto es abominable!—esc laman los marqueses de Raignecorut y de Beauharnais que se encontraban allí: ¡Osar decir aquí semejantes propósitos!— Los duques de Chartres y de Montpensier, hijos del duque

de Orleans, estaban tambien en la misma tribuna. El primero al oír la exclamacion de aquellos, les dijo con un tono de burla, y aplaudiendo:

—“Sí, señores, sí, ¡aun se necesitan mas linternas!”—

Lo que hemos copiado puede no probar que el duque de Chartres se espresó en aquellos términos, pero sí prueba que al menos el duque estaba en la asamblea ese día.

Es verdad que ese día el duque de Orleans estaba todavía en Versalles.

Pero, ya lo hemos dicho, ya estaba éste en Inglaterra, cuando el duque de Chartres y sus dos hermanos se presentaron el 9 de Febrero en el distrito de San Roque con el uniforme de guardias nacionales, y borrando aquel todos los títulos de nobleza con que habian adornado su nombre, añadió en su lugar solamente:

—“Ciudadano de Paris.”

Un día, un publicista le dió al pueblo el dictado de bestia feroz, y el duque de Chartres indignado, respondió al publicista en el diario de Marat, *El Amigo del Pueblo*.

En el diario de Marat, esto tenia su significado. . . .

Mas aún: el jóven revolucionario el día en que la asamblea abolía el derecho de primogenitura, abrazó á su hermano el duque de Montpensier diciéndole:

—Estoy muy contento, hermano mio, con el tal decreto; pero aun cuando la asamblea no lo hubiese dictado, para nosotros hubiese sido lo mismo.

El duque de Chartres deseaba entrar en los Jacobinos, pero tal paso era muy grave: su madre, la digna princesa de Penthièvre, se oponia á él con todo su poder.

Es verdad que su poder no era muy grande.

Dividido entre dos queridas, madama de Buffon y madama de Genlis, el duque de Orleans habia dado á la una su amor, á la otra su influencia.

Sin embargo, esta oposicion de la duquesa dió por resultado el que para dar aquel paso se esperase á la vuelta de

su marido, el cual, despues de diez meses de destierro, fué llamado para asistir el 14 de Julio de 1790 al campo de Márte, á la fiesta de la Federacion.

Algunos dias despues de su llegada de Inglaterra, fué cuando la duquesa de Orleans escribió una carta á su marido, carta que nos parece muy importante para dejar de insertarla tóda entera (1).

A pesar de esta carta, en que la esposa se resigna y la madre suplica, el duque de Chartres fué recibido en los Jacobinos.

Hé aquí cómo el jóven príncipe cuenta él mismo esta recepcion en su Diario.

Se nos habia olvidado decir, que á instancias de madama de Genlis el duque de Chartres llevó un Diario de sus acciones, de sus ideas y de sus impresiones, sin faltar dia, desde el 23 de Octubre de 1790, hasta el 23 de Agosto de 1791.

Este Diario existe todavía: nosotros le tenemos á la vista. Ha sido impreso en 1800 y reimpresso en 1831.

Volvamos á la nota del Diario relativa al 1º de Noviembre de 1790.

1º de Noviembre.—“He comido en Monceaux: y habiendo aprobado mi padre mi vivo deseo de entrar en los Jacobinos, M. de Sillery me ha presentado.”

2 de Noviembre.—“Ayer fuí recibido en los Jacobinos, y me han aplaudido mucho.”

No le bastaba el ser recibido en los Jacobinos: el jóven príncipe quiso que no se estableciese ninguna diferencia entre su noviciado y el de los otros miembros del club; y durante un mes llenó las funciones de portero ó bedel; es decir, tenia que abrir y cerrar las puertas, introducir á los miembros de la sociedad, rechazar á los intrusos é imponer silencio á los alborotadores.

[1] Véanse las notas justificativas, núm. 1.

Nada de esto amortiguó el entusiasmo del joven príncipe por la ilustre asamblea, y la prueba es, que quiso hacer entrar también en ella á su hermano Montpensier.

El 3 de Noviembre se encuentra en su Diario la nota siguiente:

“He pedido que la edad fija para la recepción en los Jacobinos, sea la de diez y ocho años: no se ha admitido mi solicitud, y entonces he dicho que tenía interés en su admisión, porque mi hermano deseaba ardientemente pertenecer á la sociedad. M. Collot-d’Herbois ha contestado que su falta de edad no importaba; que cuando se ha recibido una educación como la suya, estaba en el caso de que se le exceptuara. Le he dado las gracias y me he salido.”

¿No os parece que el duque de Chartres no comienza mal su carrera revolucionaria? Escribe en el Diario de Marat, y busca un protector á su hermano en M. Collot-d’Herbois.

En Marat, se comprende bien, tenía el duque una especie de convicción, la convicción del buitre y de la pantera; pero en Collot-d’Herbois, en el mal poeta, en el miserable bufon, en el tribuno siempre borracho, en el futuro bombardador de Lyon, en el futuro autor de las proscripciones de 93!

Los Jacobinos que llegarían á cortar la cabeza al padre, prodigaban las mayores muestras de afecto á los hijos. Veamos el Diario:

3 de Noviembre.—“Estuve esta mañana en la asamblea, y en la tarde me han nombrado miembro del comité de presentaciones, es decir, del comité encargado de examinar las proposiciones todas.”

9 de Noviembre.—“Esta tarde he estado en los Jacobinos y se me ha nombrado Censor: he sabido también que he sido elegido como uno de los diputados encargados de presentar á la asamblea el proyecto relativo á los juegos florales.”

Terminaremos aquí las citas del Diario del duque de Chartres. Nada que llame la atención se encuentra en ellas, como puede verse; solo su gran entusiasmo por la revolución y su inmenso amor á los Jacobinos.

CAPÍTULO VII.

APRESURÉMONOS á manifestar, para no hacer al duque de Chartres mas sansculote de lo que era, que los Jacobinos de 1791 no se parecían en nada á los Jacobinos de 93.

No son ni los mismos hombres ni las mismas opiniones: una exterioridad brillante oculta sombrías y terribles profundidades.

Sin embargo, hay ya cierta cosa que dá mucho en que pensar á los espíritus escudriñadores.

El fundador de los Jacobinos es Duport, un sabio, un pensador, un hombre de especulación y de experiencia revolucionaria. Antes de fundar su club, había reunido en su casa, calle de Grand-Chantier, cerca del Templo, á algunos hombres políticos que conocían á fondo como él la policía parlamentaria y la antigua organización de los motines, practicada tantas veces por los tribunales y el pueblo en favor del gobierno.

Mirabeau y Siéyés fueron una sola vez á casa de Duport, y al retirarse se miraron asustados.—Política de caverna, dijo Siéyés, y no quiso ya volver mas.